



El robo de la Copa del Mundo



+8

Carmen de la Rosa

ilustraciones: Romina Soto



El robo de la Copa del Mundo es para Pablo Núñez,
un niño sevillano de 9 años al que le gusta el fútbol y las
cofradías, y que es tan amable, inteligente y bueno como el
protagonista de esta historia.

También se lo dedico a sus amigos,
a la Fundación Tal como eres
y a su padre, que se llama como él.



© 2017 **WeebleBooks**

Autora: Carmen de la Rosa

Ilustraciones: Romina Soto

<http://www.weeblebooks.com>

info@weeblebooks.com

Madrid, España, marzo 2017

Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

El robo de la Copa del Mundo

Una tarde de lluvia, Pablo y su padre visitaron el Museo de la Selección Española, donde se encuentra la Copa de Mundo de 2010. Era el día de su noveno cumpleaños y estaban de vacaciones en Madrid. Como regalo, a Pablo le ilusionaba acudir a un partido de su equipo favorito, el Real Madrid (aunque también era forofó del Betis), visitar la Ciudad del Fútbol y entrar en su tienda, pues quería comprarse una equipación completa de la Roja, aunque él no pudiera jugar.

A la salida, como la lluvia arreciaba, el padre fue a parar un taxi y Pablo se quedó en su silla de ruedas protegido por un enorme paraguas.

Estuvo esperando más de quince minutos mientras veía a su padre que le hacía señas desde un cruce de calles para que tuviera paciencia. Pablo, tranquilo, se puso a observar a la gente que pasaba corriendo a guarecerse de la tromba que caía. Una mujer joven, empujando un carrito de bebé, lo miró y le sonrió; un señor alto y



desgarbado cruzó la calle en tres zancadas, una moto pasó veloz y le salpicó sin ningún miramiento.

De pronto, dos hombres con enormes gafas de sol aparecieron a su lado; esperaban muy quietos a que cambiara el semáforo. Uno de ellos, tan alto que Pablo tuvo que torcer la cabeza doblando el cuello para verle la cara, le hablaba al otro muy enfadado en un idioma que el niño no reconoció. Solo retuvo la frase: *Zitto, sciocco!*

Entonces Pablo se fijó en el más bajito, que iba vestido totalmente de negro, era negro hasta su sombrero, que chorreaba agua como una gárgola. Y justo en el momento en que el semáforo se puso verde, antes de empezar a cruzar por el paso de cebra, el gigantón le dio un cachetazo al de negro y le arrancó de las manos el fardo que llevaba, una enorme bolsa de deporte de color naranja rabioso.

Pablo no le quitó ojo a la extraña pareja, les vio subirse a un Alfa Romeo, de eso estaba seguro, tenía una colección de coches y conocía todas las marcas. También distinguió en la matrícula una I muy grande.

Por fin volvió su padre con un taxi y pudieron llegar al hotel, que no estaba ni a cinco manzanas del museo.



Esa noche el niño soñó con Spiderman, su héroe. Pero, en medio de las aventuras fantásticas del hombre-araña, se le aparecieron entre tinieblas los dos individuos del Alfa Romeo, con rifles, dispuestos a dejarlo como un colador. Despertó inquieto de madrugada, con los sujetos de gafas negras grabados en la memoria, junto a aquella I de la matrícula.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban en el

luminoso comedor del hotel el padre abrió un periódico y casi se atraganta al leer los titulares de la sección de deportes.

—¡Pablo, hijo, han robado la Copa del Mundo!



Muy lejos de allí, en un campo reseco de Sicilia, un hombre retaco, con bigote y descuidada barbita de chivo, aguardaba ansioso la llegada de sus secuaces. Se llamaba Luigi Sorrentini y era el más sanguinario y cruel jefe de la mafia de Corleone. Había huido de la cárcel donde cumplía cadena perpetua por el asesinato y tortura de un centenar de delincuentes, miembros de otras familias mafiosas. Desapareció del mapa, nadie lo había vuelto a ver. Vivía bien escondido bajo tierra, como en una tumba. También en sus tumbas reposaban para siempre sus víctimas, liquidadas sin misericordia por el salvaje capo.



Sorrentini no tenía más remedio que vivir como un topo porque era buscado por la Interpol; salía a pasear por los alrededores de su agujero solo en las noches sin luna, tal era el temor de volver a la cárcel para el resto de su vida.

Así que ahora aprovechaba el extraño encargo que hizo mientras estuvo en Chirón: había mandado construir un búnker en la ladera de un monte, en una zona de montañas llenas de peñascos y baldíos blanquecinos. Nadie pasaba por aquellos andurriales porque ni árboles había; solo unas cuantas cabañas de pastores, amenazados de muerte por el mafioso si lo delataban.

Luigi Sorrentini vivió diez años solo de esa forma miserable. Eso sí, el búnker era estupendo, con todos los adelantos modernos. Tenía un enorme aljibe para almacenar el agua de lluvia, una bodega con los vinos más excelentes y una despensa repleta de manjares; un baño de mármol negro de Carrara con grifos de oro, muebles carísimos, una tele que era como un cine, en la que veía sangrientas películas de gánsteres y vampiros, sus preferidas. Su mujer lo visitaba de tarde en tarde para poner un poco de orden en aquella mansión que más bien parecía una pocilga.

La casa-cueva estaba decorada con feísimas lámparas de cristal de roca, tapices de macramé hechos por su abuela, estatuas de bronce y cuadros a cual más horripilante. Pero le faltaba algo por lo que Luigi estaba decidido a jugarse su libertad, y hasta la vida: la Copa del Mundo.

Y por eso, porque era un fanático del fútbol, mandó a sus más fieles pistoleros a Madrid para robarla. Una



semana después ya la tenía sobre un pedestal de oro en su enorme salón. No se cansaba de admirarla. Al fin, la Copa del Mundo de 2010, ganada por la Roja en Sudáfrica, estaba en sus manos. Nadie se la podía arrebatarse.

Claro que no sabía que un testigo de nueve años había observado a sus hombres. Sí, un molesto testigo. Ni imaginarse pudo, mientras contemplaba arrobado su trofeo, que en ese justo momento el chico español se entrevistaba con el comisario Torres, un policía de Madrid; curiosamente tenía el mismo apellido que El Niño. Participaba en la entrevista un agente francés de la Interpol, de pelo casi al rape y aspecto taciturno, que se llamaba Benzemá.

—Entonces, Pablo, viste a dos hombres con un bulto naranja en los brazos, ¿recuerdas cómo era de grande?

—quiso saber el comisario Torres.

—Como si llevaran dentro a Carmelo, mi cerdito vietnamita. Una bolsa de deporte así... —Pablo abrió sus brazos señalando casi un metro, y siguió contando —. No hablaban español. El hombre más alto, que llevaba una gabardina oscura, estaba muy enfadado. Le gritó al otro: *Zitto, sciocco!* Después se metieron en un coche con una I grande en la matrícula, era un Alfa Romeo rojo. Seguro que eran italianos.



—*Oh, mon Dieu!* Pablo, dinos, ¿ellos te miraron?, ¿crees que se fijaron en ti? —le preguntó Benzemá en perfecto castellano.

—No sé, iban muy enfadados, yo creo que no. Pero no estoy seguro. La gente se fija en mí, ya me he acostumbrado... Comisario Torres, ¿son mafiosos como los que salen en las pelis?

—Bueno, yo creo que más bien son simples chorizos. Eso lo vamos a descubrir enseguida, tú no te preocupes, Pablo. Dentro de nada estará tu querida Copa del Mundo en su vitrina —aseveró el comisario Torres.

¡Cuánto le gustaba llamarle comisario Torres! ¡Qué coincidencia que el policía se apellidara como su admirado jugador de la Selección Española! Pero solo se parecía en eso a su ídolo: el comisario lucía un descomunal flequillo, era moreno, de ojos azules y muy bajito.

—Pues chico, hemos terminado. Lo has hecho muy bien. Ya te avisaremos cuando el juez te llame a declarar —dijo Torres, el policía.

El padre le guiñó un ojo a Pablo y lo condujo a la calle, camino de nuevo al hotel. Era el último día en la capital y tenían que ir a recoger una moderna silla eléctrica que era rapidísima. Y las entradas para el partido del Real Madrid. Pendiente de tan fantástico plan, emocionado con Rayo Verde, como llamó a su nuevo vehículo, Pablo olvidó el suceso del robo. Hasta que ya en Sevilla le tocó vivir una serie de aventuras de las que salió con vida de milagro.

Pues resulta que el capo no disfrutó mucho tiempo de su botín deportivo. Le llegaron noticias, por uno de sus hombres que cumplía condena en la cárcel de Palermo, de que los Carabinieri sospechaban de él como cabecilla del robo. No había otro criminal mafioso tan amante del balompié como Sorrentini.

También se enteró el siciliano, por un infiltrado en la policía española, de que existía un testigo, un niño rubio, de grandes ojos castaños, enorme memoria y capacidad de observación. Se llamaba Pablo y vivía en Sevilla.

De inmediato se puso a maquinar la forma de liquidarlo, no iba a tener clemencia con el mocoso que estaba poniendo en peligro su vida de rata inmunda y su más preciado tesoro, la Copa del Mundo.

Entonces mandó llamar a los ladrones a su guarida y les chilló indignado:

—¡Sois una miserable calamidad, desgraciados! Ganas me dan de dejaros fritos aquí mismo con mis propias manos... Pero bueno, espero que la próxima vez que os mande a otra misión importante no dejéis testigos para contarlos. Tenéis que darle matarile al niño que os vio. Allá iréis, zopencos, pensad cómo mandarlo a mejor



vida para que no hable ante el juez. Y os advierto que no consiento más errores, me quedo con vuestros hijos como rehenes. Si os volvéis a equivocar, ya sabré yo qué hacer con Peppino y Luisita. ¿Me habéis entendido, par de inútiles, cazurros? ¡Largo de aquí!

Como alma que lleva el diablo, así salieron escopeteados los dos forajidos rumbo a Andalucía, para la diabólica misión que les había sido encomendada.

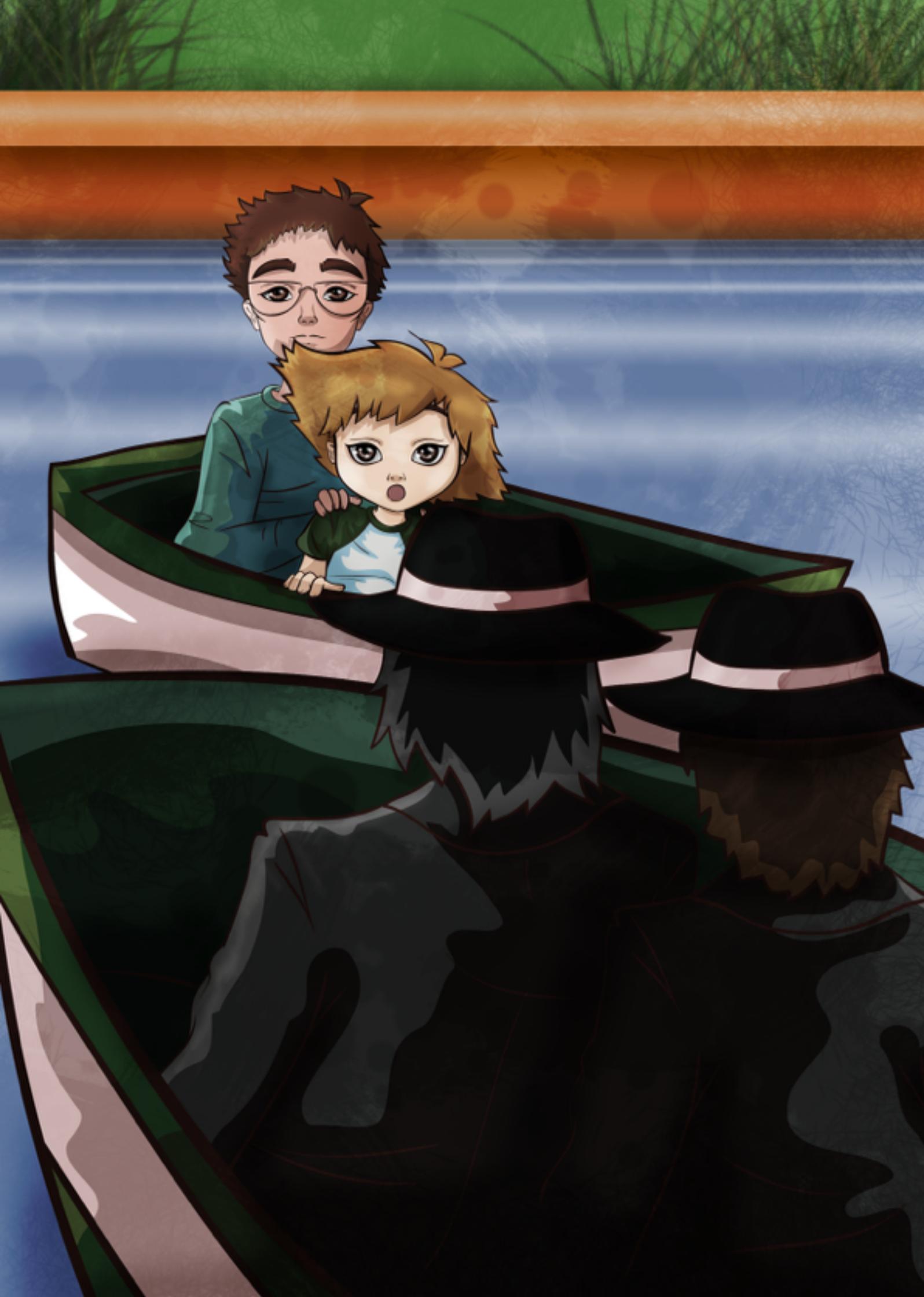
Llegaron a Sevilla con ganas de hacer turismo en tan bellísima ciudad. ¡Hacía tan buen tiempo, olía tan bien a azahar! Ni pizca de ganas tenían de complicarse la vida con el encargo de despachar a un niño, ellos, que eran los asesinos más crueles y desalmados del ranquin mundial de asesinos. ¡Pero a un niño!...

No tenían escapatoria. Luigi Sorrentini se vengaría cruelmente en sus hijos si no lograban cerrarle la boca al chico para siempre.

Después de alquilar una casa con enorme azotea cerca de El Salvador, descubrieron el domicilio de Pablo. Y por Triana anduvieron haciendo de espías para conseguir finiquitarlo. A un jardín pegado a su casa iba Pablo a jugar con sus amigos del cole y con su simpático cerdito Carmelo, amarrado a Rayo Verde por

una correíta de piel. Pero aquel no era sitio apropiado para deshacerse del muchacho, con tantas mamás y niñitos alrededor. Aparte de que a menudo rondaba por allí un coche patrulla de la policía.

Esperaban el momento, y casi estuvieron a punto de llevar a cabo su macabro plan un domingo que coincidieron con Pablo y sus padres en el Parque de María Luisa, en las barcas de la Plaza de España. Se cruzaron las barquitas y el niño se les quedó mirando con ojos como platos. Supo sin ninguna duda que eran ellos, los asesinos, pero no se inmutó y, sin mover una pestaña se lo dijo a su padre al oído. Los hombres, al verse descubiertos, remaron a velocidad de vértigo hasta llegar a una barandilla del canal. La saltaron como canguros y corrieron hacia la Fábrica de Tabaco para perderse entre el tráfico. Rápidamente el padre llamó al comisario Torres para contarle lo ocurrido y, al momento, dos coches de policía aparecieron con inmenso alboroto de sirenas para escoltarlos hasta su casa. ¡Qué susto se llevaron los padres! Pero no Pablo, que aunque gamberrillo con los amigos del cole, era un niño inteligente, valiente, alegre y muy sensato.



Los gánsteres no sabían cómo contarle al capo el fallido encuentro, así que decidieron callar y esperar mejor ocasión para acercarse a Pablo... y borrarlo del mapa.

Cuando la Semana Santa se acercaba, Pablo pidió salir de nazareno en la procesión de La Borriquita del Domingo de Ramos, la preferida de los niños de Sevilla. Su madre le hizo una túnica blanca de cola y un cubrerrostro con cruz roja de Santiago, y le compró un cinturón de esparto y un capirote alto, muy muy alto.

Llegó el día tan esperado y Pablo se dispuso a pasar una tarde feliz en compañía de Pedro, Paula, Elena, Javi y Sofía, los niños de su pandilla que no eran especiales como él, que iba en Rayo Verde, su supersónica sillita de ruedas.

Pero nada de eso ocurrió. Ni fue tranquila la tarde, ni se lo pasó bien. Eso sí, vivió una increíble aventura nazarena que recordaría toda su vida.

Iba Pablo pegado al paso de La Borriquita, que lleva candelabros y adornos dorados, y flores de color rosa, y la imagen de un Mesías que entra en Jerusalén tan



contento, aclamado por un gentío con hojas de palmeras y ramas de olivo, sin sospechar la muerte que le aguarda. Marchaba el niño cerca de su padre, que era el Hermano Mayor de la Cofradía, el que señala, con un golpe seco de aldabón, el momento de subir el paso, de andar, de mecerse, de hacer paraditas de descanso. Porque los pasos sevillanos no van sobre ruedas, son portados a peso por esforzados penitentes llamados costaleros. Arremolinados dentro de la armadura, vestidos con camisetas blancas, fajas negras, sandalias de esparto y un costal algo relleno colocado en la cabeza y que les protege el cuello, se entrenan los costaleros todo el año, para poder llevar tantísima carga en la Semana Santa.

A Pablo le encantaban las alegres marchas de tambores y trompetas que toca los jóvenes músicos de la banda. Se divertía de lo lindo con su cirio, del que sacaba bolitas de cera con las que bombardeaba a sus amigos, y también repartía caramelos que extraía de una bolsa colgada en Rayo Verde. Era el nazareno más alegre y admirado de La Borriquita, los otros niños le buscaban para pedirle golosinas y cera. Y él la derramaba con sumo cuidado en las manitas

pedigüeñas. Sus amigos, también de nazarenos, no paraban de hacerle bromas y contarle chistes. ¡Se lo estaban pasando pipa!

Hasta que un nazareno altísimo y cuadrado se colocó a su espalda. Otro más chico, a su izquierda. El grande resbaló, pisó al compañero y lo tiró de boca. Entonces Pablo oyó: *Sei uno sciocco!* Y se quedó helado cuando al volver la cabeza vio que el nazareno del suelo escondía rápidamente, bajo su capa, una pistola con un enorme silenciador. Eran los gánsteres; el delgaducho había fallado el tiro al resbalar en la cera que cubría los adoquines. Pero no quedó ahí la cosa, el nazareno gigante agarró la silla de Pablo y la sacó de la procesión empujándola con fuerza.

Antes de que Pablo pudiera pedir auxilio, el nazareno bajito le subió un poco el antifaz y le metió una pedazo de tela en la boca advirtiéndole con voz tenebrosa:

—Si chillas nos comemos a tu Carmelo con papas.

Enseguida el padre se dio cuenta de la ausencia de Pablo pero con el jaleo de la gente, los músicos, los nazarenos que seguían el paso, los niños de toda



Sevilla que abarrotaban la calle... en medio de aquella tremenda bulla, el desesperado padre no lo encontraba. Llamó a la policía y al teléfono del niño; pero los penitentes tenían orden de apagar los móviles en el tiempo que durara la carrera. Pablo no respondió.

Los malvados llevaron rápidamente al nazarenito a una furgoneta, donde lo metieron a trompicones con su Rayo Verde. Después de serpentear por callejuelas del centro, condujeron a Pablo a la azotea de la casa alquilada. Y en un cuartucho lo encerraron dejándolo totalmente a oscuras. Allí pensaban tenerlo hasta que, a la mañana siguiente, pudieran sacarlo de la ciudad para deshacerse de él en un pantano cercano a Sevilla.

Pablo, sin echar una lágrima, reaccionó al instante. Aunque le habían despojado de la túnica, del capirote y de la capa de nazareno, le dejaron la bolsa de los caramelos donde llevaba un bocata y una botella de agua. Los mafiosos no repararon en un cajoncito debajo del asiento de Rayo Verde en el que Pablo guardaba el teléfono, unos euros, libros y sus tesoros. Llamó a su padre de inmediato:

—¡Papá, soy yo!

—¡Pablito, hijo! ¿Donde estás?, ¿te encuentras bien?

—Y el buen hombre empezó a sollozar.

—Sí, no te preocupes, estoy bien. No le cuentes nada a mamá. Estoy encerrado en una habitación oscura, en una azotea, creo que cerca de la Plaza de San Francisco, de los palcos. Me han tapado los ojos pero el viaje ha sido muy cortito.

—No te asustes, hijo. Ahora cuelga, que enseguida te llama el comisario.

Nada más apretar la tecla roja, entró la llamada del comisario Torres.

—Pablo, tranquilo, que mis compañeros van a rescatarte. ¿No oyes nada extraño?

—Bueno, ruido de campanas, de gente, de música..., ¡y palomas! ¡Sí, de muchas palomas!

—No te preocupes, valiente. Tú tranquilo, mi ayudante Benzemá va para Sevilla en un helicóptero pero ya están avisadas unidades locales. ¿Estás a oscuras?

—Sí, pero acabo de encender mi linterna, la llevo siempre en el cajón de Rayo Verde con otras cosillas. Veo las ranuras del balcón, el cuarto es muy chico. Está lleno de trastos, intentaré abrir la puerta con mi navaja,



no tiene echado el cerrojo, es muy vieja. ¡Corto que se me acaba la batería!

Pablo se acercó a la puerta y, con enorme paciencia, trajinó y trajinó con su navaja en la cerradura mientras tironeaba del pomo. Al cabo de un buen rato, sudando del esfuerzo, pudo abrirla. Salió en su Rayo Verde a la luz intensa de la tarde,

exploró la azotea y los tejados vecinos. Y claro, vio un enorme palomar en el terrado de enfrente, y un hombre viejo que echaba grano en unos comederos, y agua en vasijas de plástico. Pablo, que se había provisto de su enorme tirachinas con un pedruzco tamaño huevo de codorniz, llamó al viejo a gritos y le contó su historia.

Pero entonces se abrió la puerta de la azotea y aparecieron los facinerosos, el más pequeño con una descomunal pistola en la mano. Pablo no se lo pensó dos veces, le soltó un tremendo trallazo que le acertó en la cabeza y lo dejó inconsciente, no por nada era el que tenía mejor puntería de su pandilla. El gánster gigante se agachó para socorrer a su compinche y recibió otra pedrada en la espinilla. Se la agarró rugiendo y maldiciendo mientras recogía la pistola. Pero Pablo puso a Rayo Verde a su máxima velocidad y salió flechado hacia la terraza de las palomas que estaba a su misma altura. Era tan estrechito el callejón que Rayo Verde, volando, aterrizó cerca del viejo. El pobre se quedó atónito ante la escena, que parecía sacada de una película.

Pablo se dirigió rápidamente a la puerta del terrado. El viejo le gritó nervioso:

—¡Por aquí, muchacho, al ascensor!

El gánster amagó un salto para cruzar el callejón pero estaba tan gordo y le dolía tanto la pierna que desistió ante el temor de un tremendo costalazo. Se lanzó escalera abajo, por suerte no había ascensor en aquella casa tan vieja. Bajó renqueante echando el bofe para

alcanzar al niño en el portal, pero llegó tarde. Ni rastro de Pablo.

Por una milagrosa coincidencia, Pablo había encontrado en el portal a sus amigos vestidos de nazarenos. Se quitaron los molestos capirotos y Sofía le gritó decidida:

—¡Rápido, Pablo, síguenos! Sabemos dónde esconderte, en el almacén de pintura de mis abuelos. Está cerca, al volver la esquina.

Salieron flechados con Pablo cerrando la procesión de nazarenos descapirotados. Empujaron a la gente, sortearon un paso, cogieron calle arriba y torcieron en un recodo para llegar a un portalón. Por desgracia, el asesino los distinguió desde lejos y fue tras ellos, con el revólver en el bolsillo, para no llamar la atención.

Entró la pandilla en un enorme y vetusto almacén de altísimos techos. Había un largo corredor con estanterías repletas de latas de pintura de diez kilos. Al fondo, una escalerilla llevaba a un subterráneo, que también guardaba productos de droguería.

Al momento hicieron un corrillo y cuchichearon como los jugadores de fútbol en los minutos previos a un

partido decisivo, agarrados por los hombros. Sofía llevaba la voz cantante porque vivía en el segundo piso de aquel caserón y se conocía el almacén como la palma de su mano.

Habían acordado que Pablo se quedara en la entrada mientras los demás se ocultaban. Justo les dio tiempo a esconderse cuando apareció el gigante empuñando la pistola. El almacén no estaba bien iluminado, solo tenía tres ventanucos a ras de suelo de modo que nada más entrar, con la deslumbrante luz de la tarde sevillana a su espalda, el mafioso quedó cegado. Cuando sus ojos se hicieron a la oscuridad, allí estaba Pablo en Rayo Verde, en medio del pasillo. Con la cabeza vuelta hacia él, le gritó con voz potente:

—¡Eres un miserable cobarde!

El gánster montó en cólera y le disparó el primer tiro, pero en vano. Pablo puso en marcha a Rayo Verde, y zigzagueando, salió como un cohete sideral hacia el fondo del almacén. Otras dos veces disparó el mafioso mientras perseguía al niño. Pero entonces Pablo se desvió por un pasillo lateral mientras sus amigos, encaramados en los estantes, empezaron a tirar enormes latas de pintura sobre el mafioso. Una le dio



de lleno en la espalda, cayó al suelo y se levantó con enorme esfuerzo; otra le acertó en un hombro, la tercera le alcanzó la cabeza y le hizo trastabillar cerca de la escalera. El mafioso intentó agarrarse a una estantería con tan mala fortuna que se echó el mueble encima con todas las latas allí apiladas. Y se precipitó por la escalerilla dando terribles gritos porque la pintura se le había metido en los ojos, cegándolo. Los amigos de Pablo cerraron la trampilla rápidamente y dejaron al asesino encerrado. Echaron el enorme cerrojo y, para mayor seguridad, amontonaron botes y botes de pintura encima del portillo.

Pablo, mientras tanto, llamó por teléfono a sus padres para darles la dirección del almacén. Llegó la policía, los padres, una ambulancia, la gente curiosa..., hasta que por fin se llevaron al asesino pintado de oro y grana, esposado, directamente a un baño de aguarrás. Y más tarde, en la comisaría, el cobarde mafioso cantó como un jilguerito, dio el nombre de su capo y el lugar de su escondite allá en Sicilia.

—Sorrentini morirá en la cárcel —les aseguró el comisario a los niños.

Un mes más tarde de aquella tarde memorable, Pablo fue invitado al Museo de la Selección Española, en la Ciudad del Fútbol de Madrid. Y fue con Elena, Paula, Pedro, Javi y Sofía, sus amigos. En una emotiva ceremonia, Vicente del Bosque impuso a los valientes sevillanos una medalla de oro con la imagen del trofeo recuperado.

Pablo en su Rayo Verde, con la Copa del Mundo en los brazos, al lado de Torres, el futbolista, se sintió feliz.



FIN

La autora

Carmen de la Rosa

Ha publicado las novelas El Al-Mizar (Almuzara, 2011) y El inglés de Serón (Círculo Rojo, 2012), La carta de Lucrecia (Anantes, 2014) y el libro solidario ¡Arre, burro, arre! para Biblioburro Sin Fronteras (Los libros de Umsaloua, 2014). Es autora de otras dos inéditas, así como de una colección de cuentos infantiles y un libro de relatos.

En nuestra Editorial ya ha publicado varios libros como son, Boca de Algodón y ¡Espárragos en apuros!, La tortilla de patatas y Dela Patagonia a Serón.

Tiene un blog culinario, fruto de sus estudios de gastronomía en Le Cordon Bleu de Londres y de su experiencia como chef en la agencia de publicidad GoYa!, que creó hace una década en la localidad alemana de Heidelberg, donde reside actualmente.

Licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, realizó dos años de Doctorado y un curso de Relaciones Internacionales en el Instituto Ortega y Gasset de Madrid. Obtuvo la licencia de piloto privado y el título de profesora de danza española en el Conservatorio de Murcia.

Nació en Sevilla, en una familia de la burguesía rural. Viajera impenitente, conoce Europa y parte de América y África, y ha vivido en Sevilla, Almería, Madrid, Múnich, Hamburgo, Dusseldorf y Londres.



La ilustradora

Romina Soto

Romina Soto es una ilustradora Argentina que actualmente reside en la provincia de Buenos Aires. Disfruta creando ilustraciones digitales así como utilizando medios tradicionales, especialmente acrílicos y acuarelas.

Durante los últimos años ha ilustrado varios libros infantiles así como libros de editorial universitaria. A modo de hobby suele hacer fanart de sus series y películas favoritas, el cual comparte en sus redes.

Este es el primer libro que Romina ilustra en nuestro proyecto editorial, pero seguro que no será el último.

Contacto: flyhighdandelion@hotmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/EIArteDeRominaSoto/>

Instagram: <https://www.instagram.com/flyhighdandelion/>

Tumblr: <http://rominasotoportfolio.tumblr.com/>



La editorial **WeebleBooks**

WeebleBooks es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles y juveniles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para los niños y jóvenes del siglo XXI.

¡Y lo mejor es que son gratuitos en formato electrónico! Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender y de leer.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar, visítanos en:

www.weeblebooks.com

Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar
Viaje a las estrellas
La guerra de Troya
El descubrimiento de América
Amundsen, el explorador polar
Boca de algodón
Las malas pulgas
El reto
Descubriendo a Mozart
¡Espárragos en apuros!
El equilibrista Alarmista
Uh, el cromañón

La Historia y sus historias
Descubriendo a Dalí
Cocina a conciencia
Descubriendo a van Gogh
Apolo 11, objetivo la Luna
El lazarillo de Tormes
El ratoncito y el canario
Mi primer libro de historia
OVNI
La tortilla de patatas
De la Patagonia a Serón
Mi amiga Andalucía

Cómo leer los libros



Lee **GRATIS** nuestros libros on-line en tu ordenador o tableta. No necesitas ninguna aplicación



Si lo prefieres descarga **GRATIS** nuestros libros en diversos formatos y tenlos para siempre



Si después de leerlos te han gustado, puedes **COMPRARLOS** impresos (*). Además ayudarás a nuestro proyecto

Si quieres colaborar con nuestro proyecto,
contacta con nosotros.

www.weeblebooks.com
info@weeblebooks.com



Nuestro vídeo



Visita nuestra web



© 2017 **WeebleBooks**

Autora: Carmen de la Rosa
Ilustraciones: Romina Soto

<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, marzo 2017

Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>